

# Editorial

Es así como este número de Ecofronteras pretende dar luces sobre la vulnerabilidad en el contexto de las relaciones que surgen en las corrientes transfronterizas con énfasis en el delta y litorales, que suelen olvidarse como si no tuvieran un papel decisivo como entidad de descarga en Laguna de Términos en la amplitud del Golfo de México y como parte de otras cuencas cercanas, como el Papaloapan y el Tonalá en una pendiente y plataforma continental que abarca hasta Florida y el Mississippi, Estados Unidos, en una superficie con cerca de 1.5 millones de kilómetros cuadrados. En consecuencia, las relaciones entre el Grijalva y el Usumacinta desde Guatemala, pasando por Chiapas y el delta tabasqueño hasta llegar al Golfo de México, son decisivas para precisar nuestra diversidad natural, social y cultural a partir de la expresión de las condiciones de vulnerabilidad que subordinan la vida cotidiana de muchos habitantes de la frontera.

Se sobreentiende entonces la relación entre los textos contenidos en este número, desde la interesante vertiente histórica de los desastres de Gabriela Vera, el agudo análisis sobre las lagunas costeras tropicales de Alejandro Espinoza y Everardo Barba, la propuesta de un manejo costero integrado de Cristian Tovilla, el recuento de daños en Tabasco desde una visión de la salud ambiental de Arturo Torres, y el análisis de la conducta de los tabasqueños ante inundaciones y el surgimiento de los desastres contemporáneos. Colegas, amigos y jóvenes académicos con amplia experiencia que anuncian la posibilidad de encuentros futuros en aras de explorar esta temática con mayor amplitud.

Miguel Ángel Díaz Perera, Departamento de Sociedad, Cultura y Salud



Una de las características vitales de la frontera sur es la presencia de enormes cuencas hidrográficas, en especial las del Grijalva y el Usumacinta. Como venas abiertas, sobresalen por volumen, superficie y distancia en el inicio del istmo centroamericano, antesala de la península de Yucatán y confines del Estado mexicano. En ellas fluye el 29% de los escurrimientos de todo el país, cerca de 89,000 kilómetros cuadrados de impresionantes paisajes culturales y naturales. Además, ambas cuencas gozan de una característica particular: son transfronterizas; nacen en Guatemala, atraviesan nuestro país y descargan en el Golfo de México.

En este par de cuencas se entretienen complejas relaciones entre pueblos con profundas raíces prehispánicas, trastocadas por el sincretismo y la modernidad en el contexto de una frontera nacional, impregnando identidades y conocimientos locales a partir de la relación entre el hombre y el agua. Diversas etnias, hombres y mujeres se unen por esta riada que circula con rostro amable, pero que impredecible cambia y arrastra todo a su paso, cubierta de inundaciones y derrumbes. También se alía con huracanes y frentes fríos, au-

mentando la impetuosidad de los eventos sin respetar credo, nación o estatus social. Pareciera que las cuencas toman conciencia de la incesante e indiscriminada actividad humana: siglos de deforestación, cambios abruptos de uso de suelo, contaminación, erosión, presas hidroeléctricas, todo en contextos de pobreza, discriminación, violencia, migración e insatisfacción social amplificada por la diversidad social (étnica, lingüística), natural (animal y vegetal) y cultural (religiosa y simbólica).

Ambas cuencas transitan desde las frías montañas de Guatemala, cañones, cascadas, bajando hasta alcanzar el delta tabasqueño donde se fragmentan y fluyen como ríos, arroyos, una impresionante estampa de humedales antes de alcanzar el Golfo de México y unirse a un inmenso mar que también sufre de la presencia humana con problemáticas como la contaminación por presencia petrolera, erosión, sin olvidar las traumáticas inundaciones en la planicie, en el panorama de un desolador cambio climático. En este sentido, parte de la atención de los académicos ha sido analizar y comprender estos impactos en el contexto de una creciente vulnerabilidad social y ambiental.